

Leviatán encerrado

El famoso frontispicio de la primera edición de *Leviatán* (1651) fue diseñado por el grabador Abraham Bosse en estrecha colaboración con Hobbes. La figura de la soberanía, el cuerpo compuesto masivo que se cierne sobre la ciudad y el país, con una espada enorme y un báculo en cada mano, es inquietante, al menos para una sensibilidad moderna. Los súbditos, hombrecitos apiñados en el cuerpo artificial como si fuera un hombre de paja moderno, miran la cabeza coronada. La cara de la soberanía, rodeada de rizos Stuart, está destinada a irradiar benignidad, pero la mirada de sus ojos de cristal me parece vacía.

Abajo, en la ciudad, las cosas parecen estar en orden. ¿Pero qué tipo de orden? El lugar es apenas bullicioso. Es la antítesis de una pintura de Brueghel. En lugar de una superabundancia desenfrenada de vida que se extiende sobre el lienzo, existe un orden estéril. Sin multitudes, sin variedad, sin interacción: de hecho, sin aparente vitalidad. No hay nadie en las atractivas plazas y avenidas de la ciudad. (El campo, más allá de las murallas de la ciudad, está igualmente despoblado). Media docena de figuras animan un lado de la ciudad, pero son soldados, piqueros: algunos patrullan los bastiones, otros en el patio de armas.

Y, justo en el medio del frontispicio, hay dos figuras vagando por la ciudad vacía. Sus ropas los identifican como médicos de la peste, con sus características máscaras con pico, que contienen hierbas o esponjas empapadas en vinagre para filtrar el aire. He estudiado el frontispicio muchas veces, leí sobre él y lo discutí con los estudiantes, pero nunca me había dado cuenta de estas figuras hasta que, hace unas pocas semanas, me alertaron sobre el libro de Francesca Falk *Eine gestische Geschichte der Grenze (Una historia gestual de la frontera)*, que incluye una discusión sustancial sobre los médicos de la peste en el grabado de Bosse.

La escena es brillante y soleada (las condiciones en tierra están compensadas por las amenazadoras nubes de tormenta, mar adentro, más allá de las aguas territoriales del Estado) y es cerca del mediodía, a juzgar por las sombras proyectadas por los edificios y los árboles. Una ciudad desierta, salvo un puñado de militares y médicos, cuando debería ser cualquier otra cosa. ¿Es descabellado imaginar que la ciudad está encerrada?

Hobbes no era ajeno a la peste. Inglaterra moderna temprana experimentó oleadas de epidemias cada diez años, más o menos, algunas de las cuales resultaron en tasas de mortalidad urbana de hasta el 20 por ciento. El año extra de Hobbes como estudiante, que tardó más en graduarse de lo que debería, puede deberse a la cancelación de los exámenes orales debido a la peste, que devastó Oxford tanto en 1606 como en 1607.

Hizo la primera traducción al inglés de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides a fines de la década de 1620. ("No hay nadie que me agrade tanto como Tucídides", escribió en su autobiografía en verso). A partir del segundo año de la guerra (430 a. C.), la peste devastó Atenas y acabó con la vida de unos 100.000 ciudadanos, incluido Pericles. Según cuenta Tucídides, la gente reaccionó a la conciencia de la muerte inminente con un profundo desánimo, y la ciudad cayó en el caos. Como dice la traducción de Hobbes:

Ni el miedo a los dioses, ni las leyes de los hombres, intimidaban a ningún hombre: los primeros, porque concluyeron que daba igual adorarlos o no adorarlos, al ver que todos perecían; las segundas, porque ningún hombre esperaba que su vida duraría hasta recibir, en un juicio, el castigo por sus crímenes.

La narrativa de la peste de Tucídides sugiere que si se reemplaza el miedo a la autoridad secular con el pánico ciego por la supervivencia personal, las bases legales y convencionales del orden social se disuelven. Sin una expectativa realista de que tengo futuro, ¿cómo puedo esperar que planifique mis acciones sobre la base de leyes y convenciones?

Las proposiciones que surgen del relato de la peste de Tucídides también animan al *Leviatán*. Pero, en lugar de una narración de eventos históricos que se mueven del orden al caos, Hobbes ofrece un experimento de pensamiento sistemático que toma la trayectoria opuesta: desde la barbarie natural hasta la civilización dentro del Estado. El miedo juega un papel estructurante en todo momento, tanto para expulsar a la humanidad de la condición natural como para mantener la condición civil una vez establecida. Si, desde un ángulo, *Leviatán* es una máquina diseñada para producir leyes, desde otro es una criatura lo suficientemente temible como para inclinarnos a obedecer. Haga lo que haga el gobierno, el truco que tiene que lograr, según Hobbes, es hacer que tengamos miedo de romper las reglas al tiempo que nos aseguramos de que no tenemos una verdadera causa para sentir pánico por nuestra supervivencia. Bernard Williams describió esta necesidad de garantizar el orden, la protección, la seguridad y la confianza como el "primer asunto de la política": a menos que se pueda resolver, las condiciones de cooperación no existen y el gobierno no puede cumplir ninguna de las otras cosas que podríamos querer de él.

A menudo se cree que Hobbes se preocupaba principalmente por las amenazas políticas al Estado, como la guerra y la rebelión. Pero la presencia de los médicos de la peste en el frontispicio indica que estaba trabajando desde una concepción más amplia de la seguridad pública. Sabía, por Tucídides, que los ataques a las murallas de la ciudad podían tomar diferentes formas, tanto biológicas y psicológicas como marciales. La inclusión de los médicos de la peste sugiere que Hobbes vio la protección contra las epidemias como una de las principales tareas del Estado, utilizando medidas médicas y regulatorias. Las primeras reglas, a nivel nacional, para lidiar con la peste en Inglaterra datan

de 1579 (unos años antes del nacimiento de Hobbes), cuando el Consejo Privado ordenó que los enfermos y sus familias fueran puestos bajo arresto domiciliario durante seis semanas. La ciencia médica y civil evolucionó considerablemente durante la vida de Hobbes. En 1666, después de la Gran Plaga, se introdujeron hospitales para que los enfermos fueran atendidos, pero aislados de la comunidad, con el costo cubierto por impuestos nacionales.

Asumir que el frontispicio de *Leviatán* presenta una escena normal o idealizada no es especialmente reconfortante. La ausencia total de ciudadanos, combinada con la presencia de funcionarios de protección, le da a la ciudad un aire de estado de sitio permanente. Casi podría ser una representación del comentario de David Hume, formulado un siglo después, de que los campamentos militares “son las verdaderas madres de las ciudades”. Atento al poder disruptivo de conmociones como la guerra, la revolución y la peste, Hobbes subestima la posibilidad, más insidiosa pero también amenazante, de una población encerrada y obligada a adoptar una mentalidad de asedio. El miedo y la desilusión también hacen su trabajo aquí. Podemos subestimar, quizás medio a propósito, la calidad de campamento de nuestras ciudades, incluso en tiempos “normales”, y aceptar que a veces es necesario que las ciudades se conviertan temporalmente en campamentos. Pero la mera vida no es suficiente. No solo queremos ser preservados, también queremos vivir.

Thomas Poole (profesor en el Departamento de Derecho de la *London School of Economics and Political Science*)

<https://www.lrb.co.uk/blog/2020/may/leviathan-in-lockdown>